

Origen y despliegue de nuevas formas de construir la historia

La destacada historiadora MARÍA DEL CARMEN BARCIA ZEQUEIRA ha aceptado publicar en nuestras páginas una versión de la conferencia que acaba de pronunciar, el pasado 28 de octubre, en el 2° Congreso Internacional de Historia, realizado en la Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, México.

Hace ya algunos años, más de un decenio, escribí un trabajo en relación con la Historia Social; recuerdo que lo titulé *Historia Social, ¿Camino o Encrucijada?*, (Barcia, María del C. 1997) y es que ante el debate y los criterios que en aquel entonces daban algunos de los seguidores más destacados de esta disciplina, recordaba la parábola de los ciegos y el elefante, en la que cada uno de estos representaba al animal de acuerdo con su apreciación subjetiva, particular y por supuesto exenta de visión. De esta manera el elefante, en nuestro caso la historia social, podía parecerse al asa de la fuente, al badajo de una campana, o a una torre. En definitiva, parafraseando a Eric Hobsbawm, "la historia social ha sido siempre difícil de definir". (Hobsbawm. 1974).

No creo que la situación haya variado mucho desde esos años, pues entre 1960 y la primera decena de este siglo se ha transitado por denominaciones como nueva historia, historia social, nueva historia social, historia cultural y nueva historia cultural, sin que los objetos de estudio hayan cambiado sustancialmente.

Porque descubrir algo realmente nuevo, en cualquier ciencia, es cuestión harto difícil, pero menos complejo es revestir con nuevos ropajes viejos acercamientos. Y es que esta disciplina ha sido abordada en distintos momentos históricos, desde diferentes puntos de vista, con diversos niveles de metodologías y también, por supuesto, de diferentes niveles de conocimiento teórico. También ha relacionado a tendencias dispares interesadas por explicar la historia del pasado en movimiento, por comprender la sociedad como una totalidad interrelacionada, por dar un lugar preferente a los colectivos humanos y a las fuerzas sociales, y por prestar una atención destacada a las clases, las capas y los grupos sociales y a la existencia de una realidad inseparable de la acción social. En realidad es mucho lo que abarca y también han sido diversos, y en algunos casos prejuiciados, los intereses historiográficos que se han movido en su entorno.

La ambigüedad del tratamiento de esta disciplina nos remite, ineludiblemente, a precisiones conceptuales vinculadas a las categorías de sociedad y cultura. Este último término ha recibido, sólo en el mundo anglófono, más de 160 definiciones diferentes. (Kroeber, A. y Kluckhohn. 1985). Peter Burke considera que muchas más podrían registrarse en lenguas tan variadas como el castellano, el francés, el italiano o el por-

tugués. (Burke, Peter. 2000, p. 15). Algo similar ocurre con una categoría tan amplia como la de sociedad.

El debate comenzó por la antropología cultural, cuando en 1958 Kroeber y Parsons sugirieron que era útil definir el concepto de cultura "mas exhaustivamente de lo que ha sido habitual en la tradición antropológica americana, restringiendo sus contenidos y patrones de valores, ideas y otros sistemas significativamente simbólicos creados y transmitidos en tanto que factores modeladores de la conducta humana y de los artefactos producidos (...) sugerimos que el término sociedad (...) se emplee para designar el sistema específicamente relacional de interacciones entre individuos y colectivos". (Kroeber Alfred y Talcott Parsons. 1958, p. 583).

La aplicación restringida del término cultura a aspectos vinculados con las artes plásticas, la literatura, la música, la educación, etc., contrasta con una más amplia que incluye las formas de vida de los miembros de un grupo humano, sus maneras de vestir, las costumbres matrimoniales, la vida familiar, las pautas laborales, la utilización del tiempo libre, las ceremonias religiosas, la manera de asociarse, etc.

Como puede apreciarse, la interrelación entre ambos conceptos, cultura y sociedad es obvia, pero también compleja y altamente manipulable y ha sido desplegada a partir de métodos, intenciones, proyecciones, situaciones sociales e inclusive desde posiciones ideológicas contrapuestas, cuestión que trataremos de exponer en este trabajo con el único propósito de esclarecer la definición de historia social o cultural y abordar las apreciaciones sobre una disciplina que, en los años sesenta del pasado siglo, fue calificada de novedosa.

No caben dudas de que la historia social tiene una larga data, que para algunos es similar a la perteneciente a la denominada historia cultural, ya que los cultivadores de ambas citan los mismos referentes históricos. Ante todo se recuerdan los antecedentes de una vieja y digna dama, que despuntó siendo muy narrativa y comenzó a manifestarse en la segunda decena del siglo XX, cuando Johan Huizinga publicó *El otoño de la Edad Media*. En este libro se mostraba de manera magistral la decadencia de un momento histórico, al tiempo que se describían sus características, analizando las ideas, los sueños, las emociones, las imágenes y las formas con las que se manifestaba todo el conjunto social de un tiempo que concluía. Esta obra resultó pionera en el campo de la historiografía, entre otros aspectos porque evidenció la posibilidad

de estudiar la idealización que cada época hace de sí misma, apuntando a lo que se conocería muchos años más tarde como historia de las mentalidades. (Vovelle, Michel. 1982).

El historiador inglés Eric Hobsbawm, uno de los principales cultivadores de la denominada Historia Social, a secas, analiza esos antecedentes y establece un antes y un después en el campo de acción de esta variante disciplinaria, que concluye en los años 50 del siglo XX (Hobsbawm, 1974). Según éste, en esa primera etapa la Historia Social se reflejaba en las siguientes variantes:

- Historia de los pobres, o de las clases “bajas”, que incluía los movimientos sociales, sus ideas y sus organizaciones. Hasta donde he podido conocer, esta especie de historia del trabajo no abordaba la esfera privada.

- Historia de la vida cotidiana de las clases privilegiadas y de las élites, derivada de la propuesta realizada por George Macaulay Trevelyan para escribir una historia “que deja de lado la política”.

- Historia socio-económica, en la cual predominaba la economía por el desarrollo que hasta ese momento había alcanzado esa disciplina con respecto a otras ciencias sociales. Influyeron también en su desenvolvimiento el marxismo y la escuela histórica alemana. En este contexto se inscriben los trabajos de Michael Rostovtzeff, Henri Pirenne, Alfons Dopsh y, posteriormente, al menos uno de Edward Palmer Thompson, con su libro *The Making of the English Working Class*.

Sin embargo, Hobsbawm relega u olvida en esa relación una variante de la Historia Social que tal vez sea tan importante, o más, que algunas de las que señala; nos referimos a la iniciada por el filósofo alemán Wilhelm Dilthey, contemporáneo de Theodor Mommsen y de Jacob Burckhardt, que ya se reflejaba en la obra de Huizinga. Para Dilthey las ciencias sociales eran las del espíritu y su objetivo era el hombre; por lo tanto se trataba de estudiar la realidad histórico-social del sujeto. Esta fue una tendencia desarrollada luego por Huizinga, que ha sido muy retomada en los últimos años con una visión de género, que privilegia al hombre o a la mujer en su devenir individual o colectivo.

Según Hobsbawm fue también a finales de los años 50 que se inició un acelerado desarrollo en las ciencias sociales, éste repercutió en el ámbito de la historia social, y a partir de ese momento se configuraron las bases para el surgimiento de una “nueva historia”, es decir, aquella que pretendía usar los nuevos aportes teóricos. Pero en realidad no fue hasta finales de los años sesenta cuando se desplegó ese cambio y el hecho no fue fortuito, ya que estuvo vinculado a los impactos sociales y a las transformaciones que se produjeron en esa etapa. Se debe recordar que los años 60 irrumpieron signados por numerosas acciones revolucionarias, como el triunfo de la revolución cubana, la eclosión de la independencia argelina, o los movimientos del año 68, que fueron tan importantes en Francia y en México. Entonces la historia social se mostró como el paradigma de una “nueva historia”, vinculada a una intención renovadora y prácticamente inalcanzable: cambiar el mundo.

Fue en ese contexto que otras ciencias sociales, especialmente la sociología y la antropología, se reconciliaron con la

historia, que no siempre les había resultado simpática, para encontrar y explicar las causas y las raíces de los acontecimientos revolucionarios y de las luchas por la emancipación de los países coloniales, hurgando no sólo en sus presupuestos macroeconómicos y macrosociales, sino en el papel desempeñado por los sujetos históricos en el pasado mediato o inmediato. De forma paralela también se manifestó el interés de los historiadores y apareció entonces una “nueva historia” social porque era la propicia para realizar ese análisis. Esta ha transitado desde entonces por procesos renovadores, más o menos audaces y también por juicios detractores, que recientemente han culminado en la construcción de una paradójica, Historia Post-Social.

Volviendo a los años 60 y a Eric Hobsbawm, se advierte que éste relacionó los temas a los que se dedicó la “nueva historia” social exponiendo más que los sujetos, los campos en que se desarrolló. (Hobsbawm, E. 1974): La demografía y el parentesco; Los estudios urbanos; Las clases y los grupos sociales; La historia de las mentalidades o la conciencia colectiva, o de la cultura en el sentido que le dan los antropólogos; La transformación de las sociedades (modernización o industrialización) y Los movimientos sociales y los fenómenos de protesta social.

Pero esa no fue la única perspectiva sobre el asunto, pues Natalie Zemon Davies, (Zemon Davies, Natalie. 1990) una de las cultivadoras paradigmáticas de este tipo de historia expone, que mientras la historia social “clásica”, por llamar de cierta manera a la escrita antes de los años 60, se interesaba por las valoraciones cuantitativas, por establecer correlaciones; y por analizar los grupos, desde su definición, hasta su creación y relaciones, usando como hilo conductor tanto el cambio de la estructura social como el modelo socioeconómico en su conjunto; a su vez describía y analizaba, es decir, narraba. Añade que aunque desde entonces se producían intentos por estudiar las mentalidades, estos buscaban, con mayor frecuencia, cierta profundización en los estudios de la conciencia social, de las actitudes, o las ideologías.

La “nueva historia” iniciada a finales de los años 60 también asumió otra perspectiva, vinculada en cierta forma al principio de la incertidumbre o indeterminación, que comenzó a influir tanto en la narrativa como en las ciencias sociales. Según Natalie Zemon Davies, el estudio de agrupamientos de diverso tipo empezó a realizarse a partir de indicadores como género, linaje, parentesco, raza, y religión; también inquirió sobre la forma en que se reforzaban o traspasaban los límites de clase; interpretó las relaciones como procesos simultáneos y sistémicos de dominación / resistencia; de rivalidad / complicidad; de poder e íntimos, y describió esas relaciones, a grandes rasgos, como redes a través de las cuales se hacían llegar, se recibían, o se intercambian, bienes, ideas e influencias.

Considera Zemon Davies que la línea narrativa de este tipo de historia no estaba muy definida en sus años iniciales, y en esa dirección todo le podía servir de argumento. También indica que en lugar de analizar cuantitativamente, o establecer correlaciones entre los factores que le interesaban, como ocurría en la etapa anterior, leía, traducía o interpretaba todos los

elementos. Cabe destacar que en el caso particular de Natalie Zemon Davies estos procesos se vinculaban al presupuesto de una descripción imaginativa trascendente que se manifiesta en todas sus obras.

El historiador Peter Burke (Burke, Peter. 1993), por su parte, ha organizado esa "nueva" historia social en cuatro grupos, en los que incluye no sólo a las mentalidades, sino a la historia cultural, de la cual es considerado un representante paradigmático. También ha relacionado los estilos de la disciplina con los historiadores que los cultivan:

- Historia de lo cotidiano, que comprende las prácticas sociales y culturales y las convenciones subyacentes en la vida cotidiana, es decir eso que Pierre Bourdieu llama «teoría de la práctica» y Stephen Greenblatt «poética de la cultura».

- Historia desde abajo, que no sólo es la historia de la gente común, sino la historia vista desde la perspectiva del ciudadano promedio que aglutina a un variado conjunto de grupos subordinados, marginales, derrotados y silenciados. Entre sus cultivadores menciona a Raphael Samuel, Ranajit Guha y también a Michel Foucault.

- Microhistoria, que estudia el pasado desde una aldea, una calle o una familia. Se hizo famosa después de la publicación de *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg, que trataba de reconstruir el mundo mental de un individuo, y de *Montaillou*, de Emmanuel Le Roy Ladurie, que se basaba en los estudios realizados por sociólogos y antropólogos sociales. Algunos opinan que el fin de la microhistoria es mostrar el margen de acción que podía tener el pueblo llano en los intersticios de las estructuras sociales.

- Historia de las mentalidades, que investiga no tanto las ideas formuladas conscientemente sino las nociones no expresadas. Considera que está siendo reemplazada progresivamente por el término «representaciones». Este tipo de historia vuelve al individuo, pero no al gran hombre sino al ordinario.

No puede quedar al margen de nuestras consideraciones con respecto a la historia social, a cuyo desenvolvimiento ha contribuido indiscutiblemente, una figura tan estudiada, mencionada, leída y debatida como la de Michel Foucault, filósofo, sociólogo e historiador, porque hizo, desde los años 70, interesantes reflexiones sobre algunos de los campos que hemos reseñado:

Estima Foucault, que la actual historia social ha transitado desde la historia de las estructuras sociales, a la historia de las representaciones. Considera además que lo que algunos denominan historia socio-cultural no es superior a sus predecesoras en todos los aspectos y señala las controversias que sus formas o movimientos han provocado, pues considera que:

- El concepto de lo cotidiano no es tan claro como parece. El énfasis en este tipo de historia puede causar el efecto de trivializar la historia social, sobre todo si se prescinde de la relación con el contexto y el entorno.

- La historia desde abajo también puede confundir conceptualmente, y en ese sentido se pregunta: ¿se trata de historia del pueblo o la historia hecha desde el punto de vista de éste? ¿Dónde encajan las mujeres? ¿A una historia de la educación le interesan los profesores o los alumnos?

- La microhistoria se basa en el concepto de comunidad, y éste ha sido puesto en cuestión. Es peligroso asumir que lo que ocurre para una aldea se puede dar en una escala social más amplia.

- Los historiadores de las representaciones han reaccionado en exceso contra la idea tradicional de que la cultura refleja la sociedad y se han ido al extremo contrario. Parecen asumir que nada existe más allá de la representación y llegan a un "construccionismo" tan marcado que caen en otros problemas. ¿Si las clases, grupos, naciones o géneros son construcciones o invenciones, ¿quién las inventa o construye? ¿Cuáles son los límites de ese libre juego de la invención?

Tal vez el acercamiento más certero de Foucault a la historia social comenzó con su vinculación a los "Archivos del Encierro del Hospital General y de La Bastilla". En un trabajo titulado "La Vida de los Hombres Infames" comienza exponiendo que su relato no se corresponde con un libro de historia pero añade que narra "vidas singulares convertidas, por oscuros azares, en extraños poemas (...) vidas íntimas convertidas en brasas muertas en las pocas frases que las aniquilaron". (Foucault, M. 1979, p. 12).

Pero lo más interesante para nuestra argumentación son las reglas que se propuso seguir en su investigación. Las califica de sencillas y muestran su relación poco mencionada con las historias cotidianas, pero también con otros temas privilegiados que desarrolló magistralmente, como la locura, el presidio o el sexo. Era necesario, comenta: Que se tratase de personajes que realmente hubiesen existido; Que sus existencias hubiesen sido a la vez oscuras y desgraciadas; Que esas vidas fuesen narradas en pocas páginas; Que no contuviesen simplemente extrañas o patéticas anécdotas, sino que de una u otra forma formasen parte de la minúscula historia de esas vidas; Que produjesen un efecto mezcla de belleza y espanto.

Lawrence Stone, estudioso del matrimonio y la familia, considera, por su parte, que la antropología simbólica y social, influida por Clifford Geertz, ha tenido un efecto impresionante sobre la producción histórica, cuestión que se refleja en la de algunos historiadores cubanos, escasamente conocedores, tal vez, de las críticas que ha recibido este antropólogo por otros especialistas de su campo de acción. (Stone, L. 1989). Las apreciaciones críticas sobre Geertz se centran, esencialmente, en su pretensión de "igualar descripción con análisis, análisis con explicación, explicación con descripción y teoría con todo eso". También se considera que aunque sus descripciones etnográficas son significativas, sus contribuciones teóricas son nulas o triviales. Según Carlos Reynoso "parecería que el método de la descripción densa no consiste en otra cosa que en otorgar permiso a los seguidores del método para desembarazarse del nexo que debe mediar entre las conclusiones a que se llega y las premisas de que se parte, para poder imponer las interpretaciones que se desean". (Reynoso, Carlos. 1995, p. 17)

También opina Lawrence Stone que las estrategias deconstructivistas son poderosas herramientas de análisis para develar las formas en las que los textos constituyen elaboradas mistificaciones ideológicas, una vez que hemos aprendido a leerlos de otra manera; indica además que la deconstrucción

nos ha enseñado a considerar los silencios dentro del lenguaje, y a explorar lo que no se dice.

Esta última aseveración convierte en novedosa una cuestión muy vieja, pues Jules Michelet, en el prefacio a la edición de 1869 de su *Historia de Francia*, al definir la historia como “resurrección” expresaba que “es la capacidad de hacer hablar a los silencios”. Añadía: “mientras más he respirado su polvo [refiriéndose al de los archivos] mas les he visto [a los muertos] levantarse (...), les he exhumado por segunda vez. La Historia (...) otorga nueva vida a los muertos, los resucita (...) Ahora viven entre nosotros y creemos que somos sus amigos o parientes. Así se construye una familia, una cité, entre los muertos y los vivos”. (Michelet, J. T I, p.X, TIV p.22)

Según Michell Vovelle, entre 1960 y 1980 los historiadores transitaron desde la Historia Social, centrada en las acciones, a la de las Mentalidades, vinculada a las representaciones mentales. No obstante insiste en que estas últimas, siguiendo el concepto establecido por Braudel como “prisiones de larga duración”, no hacen otra cosa que plantear, en términos renovadores, la identidad preservada, las estructuras intangibles y enraizadas, los temperamentos colectivos, que obedecen a ritmos y casualidades propios, en un tránsito que ha evolucionado desde la historia de las estructuras a la de las representaciones. (Vovelle, M. 1982)

Como puede apreciarse, la valoración de Vovelle no implica una ruptura entre sociedad y mentalidades, entre otras razones porque en la práctica es imposible separar un fenómeno subjetivo de su entorno; más bien se trata de apreciar una continuidad renovadora, una especie de despliegue lógico, acorde con el desarrollo de las ciencias sociales y de las humanidades. Por esta causa denominó a este nivel alcanzado por los estudios de históricos de la sociedad “la punta fina” de las manifestaciones sociales. En tanto para Philippe Ariès las mentalidades constituían el “inconsciente colectivo” de un conglomerado social, que George Duby y Michel Vovelle, con el propósito de distanciarse de la interpretación psicoanalítica y unir el tema de las mentalidad a la historia, convirtieron en “imaginario colectivo”.

Este es el común a toda una sociedad que lo construye en un determinado tiempo histórico, conservador de sabidurías anónimas, y desde luego empíricas, que han regulado las relaciones de los colectivos humanos a través de una larga duración. A esa transgresión de los antiguos límites ha contribuido, indiscutiblemente, la lectura renovada de los documentos, a partir de visiones diferentes.

Me parece importante retomar, después de reseñar estas interesantes visiones sobre la Historia Social, expresadas a título personal por historiadores destacados, y de resumir algunas de sus más importantes contribuciones temáticas, sus inicios teóricos. Los orígenes de la historia social en el entramado de la llamada nueva historia estuvieron muy vinculados a tres fuentes nutricias:

- A la Escuela de los *Annales*, desde Marc Bloch, quien a finales de los años 20 propugnó la inmersión de la historia en las ciencias sociales, (Dosse, F. 1988) pasando por Ferdinand Braudel, que introdujo conceptos aún debatidos, pero muy

utilizados, como “historia total”, “larga duración” y “mentalidades”, hasta un nuevo grupo que emerge entre finales de la década de los 60 y comienzos de los 70, representado, entre otros por George Duby, François Furet, Pierre Nora, Maurice Aghulon, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Roger Chartier, Michel Vovelle, entre otros. En estos años se inicia un diálogo con la antropología y Foucault comienza a publicar su obra, difícil de encasillar.

- A la corriente desarrollada por los historiadores marxistas ingleses, en sus varias generaciones: Cristopher Hill, Maurice Dobb, Gordon Childe, Edward P. Thompson, Eric Hobsbawm, Raphael Samuel, Benedict Anderson y Perry Anderson, entre otros, quienes se empeñaron esencialmente en hacer una historia “desde abajo” y en recuperar la cultura de clase como un elemento esencial, cuestionando la separación superestructural de la base económica.

- Y a la corriente marxista gramsciana, que tuvo su desenvolvimiento social más puntual en la microhistoria italiana. (Edoardo Grendi, Giovanni Levi, Carlo Poni, Carlo Ginzburg).

Cada una de estas tendencias contó con una revista para la divulgación académica, cuestión sumamente importante para comprender sus influencias. Estas fueron, respectivamente, *Annales; Past and Present; Work Shop History; y Studi Storici*. A estas tres fuentes se añaden elementos metodológicos vinculados a la lingüística, producto de su evidente connotación social. Partieron de los presupuestos establecidos por Ferdinand Saussure y recientemente han llegado a las muy creadoras apreciaciones de Noam Chomsky. En este marco hubo seguidores y detractores que han intentado imponer métodos propios de la literatura a la construcción histórica.

Se debe recordar, para la validación de esta disciplina, que la historia, tal vez por la particularidad y temporalidad de su objeto de estudio, es pobre en la creación de conceptos, y con frecuencia utiliza, no sin cierto eclecticismo, los elaborados por la sociología, por la antropología o por la lingüística, a las que se vincula cada vez más desde el punto de vista metodológico. La historia también se relaciona con la geografía, la demografía y otras ciencias que otrora, validando su carácter primigenio, denominaba peyorativamente como auxiliares.

La nueva historia social se ha caracterizado por el uso de la interdisciplinariedad, pero es posible que esto haya ocurrido como parte de un proceso de búsqueda de soluciones prácticas y no porque haya existido una concepción metodológica de unidad entre las ciencias sociales. (Piqueras, José A. 2008) No obstante, es imposible entender algunas de sus tendencias más o menos recientes, sin acudir a estas conexiones. Veamos algunos ejemplos: *La historia total*, de Braudel, tiene conexiones con el *hecho social total*, de Marcel Mauss. Su *larga duración* se relaciona con las estructuras, pero también con el devenir cultural, asimismo se conectan con ella los estudios sobre globalización histórica. Su *historia de los acontecimientos* se relaciona con las coyunturas. Por otra parte, los estudios de familias y redes acuden a las raíces antropológicas de los estudios parentales.

La lingüística no queda al margen, ni del análisis histórico ni de la valoración política. Ejemplo de esto es la labor de

Noam Chomski, pues en definitiva los sistemas lingüísticos se constituyen socialmente. Por esta causa entre otras, los conceptos creados por Ferdinand Saussure (Saussure, F, 1972. y por Jacques (Derridá J., 1998) no son sólo utilizados por los culturólogos, pues tanto la semiótica como la deconstrucción se utilizan para el análisis de los discursos para estudiar el simbolismo de las acciones sociales y su desmontaje y recomposición. *Sincronía* y *diacronía* son términos usados para el análisis histórico. Bordieu y los sociólogos e historiadores que los siguen usan el *significado* y el *significante* para definir la *estructuras estructuradas* y las *estructurantes*. (Bordieu, P. 1972) El concepto de *poder* de Foucault, (Foucault, M. 1991) y el de *hegemonía* de Gramsci, (Gramsci, A..1975) son usados con frecuencia sin una cabal comprensión de su significado. Algo similar ocurre con el concepto de *subalternidad*, o con la significación y relacionalidad entre las categorías de "opinión pública" y "espacios", privados o públicos, postuladas por Jürgen Habermas. (Habermas, J. 1994)

Nunca se debe olvidar que tras la historia social y sus propugnadores, en cualquiera de sus diversas variantes, ha estado de manera declarada o encubierta, la teoría marxista. Si algo destaca a la historia social es que se ha caracterizado porque todos los historiadores que han desenvuelto ese tipo de estudios o han contribuido a su desenvolvimiento, tienen una sólida formación teórica y provienen de la izquierda política. Algunos inclusive se han destacado por participar activamente en las luchas sociales, como Pierre Bordieu, por ejemplo.

Marx y Engels propusieron "una teoría general de las sociedades en movimiento, cuya originalidad consiste en aunar, mediante la observación y el razonamiento, el análisis económico, el análisis sociológico, y el análisis (...) de las formas ideológicas". (Vilar, P. 1964, p. 144-145) El lenguaje marxista impregnó al de la historia más aséptica y neo-positivista y contribuyó a renovar las preocupaciones del quehacer historiográfico. También el marxismo ha sido usado profusamente como método analítico, pues en tanto teoría social no se propone atrapar la verdad objetiva, sino acceder a una explicación de la realidad histórica mediante el método de aproximaciones sucesivas a ésta, y utilizando siempre su más importante concepto, la relación social, sin el cual sería imposible estudiar las redes o las familias, por ejemplo. Se debe recordar, no obstante que emplear un lenguaje, o recurrir a citas de citas, apelar al gesto y a la voluntad, no hacen de un comentarista aficionado un historiador marxista.

Paralelamente al marxismo como tributario de la historia social, se desplegó la tradición culturoológica weberiana, contribuyente principal de su variante histórico-cultural. Esta se ha centrado en el estudio de las actitudes de dominación/autoridad, status, hábitos culturales, entre otros temas, pero frecuentemente algunos de sus expositores se han apartado con exceso de las relaciones económicas presentes en esos contextos, sin tener en cuenta que la realidad material puede contribuir a la explicación de comportamientos colectivos e individuales, pues también influye en el modo ver y valorar las cosas.

Se debe tener en cuenta, no obstante, que algunos autores como Peter Burke, Natalie Zemon Davies y Roger Chartier,

se han movido en temas sociales y culturales y han prescindido de las diferencias que otros refieren para el abordaje de una historia social o de otra cultura. Para estos y algunos de sus continuadores este tipo de acercamiento incluye una nueva narrativa e inclusive la posibilidad de construir una historia política diferente, capaz de buscar sus raíces profundas en la sociedad; la vida de la gente común y sus prácticas cotidianas; e inclusive acceder a la historia de los grupos subalternos, marginados y marginales. Estos autores no entablan discusiones en cuanto el uso de fuentes, que por supuesto no limitan al discurso, pues usan ampliamente otras, ni tampoco establecen un cuestionamiento sobre la verdad histórica, a cuya existencia pretenden aproximarse.

Como puede apreciarse entre los años 60 y 80, la denominada nueva o renovada historia social transitó por diferentes modalidades y escuelas de diferentes centros hegemónicos: Francia, Inglaterra, Italia y más recientemente Estados Unidos o, si se quiere expresar de otra forma, ha recibido diversas influencias que la han hecho explorar nuevas perspectivas. También se ha manifestado en diferentes abordajes. Precursora en ese contexto fue la demografía histórica, que algunos han acusado de determinista y casi inhumana, pero siguen usando y manipulando. También comenzó a desplegarse el concepto de red, no como simple metáfora sino como el *network anylisis*, a partir de la teoría matemática de los grafos, cuando los métodos estructurales-funcionalistas, que los antropólogos habían concebido para el estudio de las comunidades tribales resultaron insuficientes para el análisis de sociedades complejas. La vieja narrativa que se vistió con nuevos ropajes y técnicas de intertextualidad, que ha usado sin apenas citar los aportes de Saussure y Mauss (Durkheim, E y M. Mauss, 1903) y en última instancia de Derridá. De esta forma, la proyección de algunos teóricos hacia un campo que no les resulta profesionalmente afin, se ha presentado como una reflexión interesante y novedosa, la de una nueva historia cultural. En última instancia, como se aprecia en los trabajos de Burke, Gizburg o Zemon Davies, entre otros, ésta sólo puede resultar una variante.

Los historiadores sociales se beneficiaron de todos estos aportes teóricos y metodológicos y comenzaron a aplicarlos, tanto desde el punto de vista cualitativo como cuantitativo. Estos y muchos otros fueron asumidos en novedosas formas de realizar la historia social, como por la "Microhistoria" que se enfrentaba a la "Historia Total", aunque mantuvo su principio holístico; o la "Historia de las Mentalidades" o de las "Representaciones", que aborda la conciencia colectiva frente a la "Historia del Pensamiento"; o como la "Sociología Histórica", hermana y rival de la "Historia Social"; o por la denominada "Historia Cultural", pues ninguna de estas formas de abordar el estudio de la sociedad constituye, por sí misma, un campo específico, sino una manera ampliada de utilizar y relacionar los conocimientos teóricos con la factualidad de la empiria. Destaca en este contexto la intención sostenida por escribir una historia con rostro humano, individual o colectiva, que se inició hace casi un siglo con Huizinga, centrada en mujeres y hombres, al margen del estudio de las estructuras y capaz de abordar cuestiones antes soslayadas, como la mujer,

la discriminación racial, la marginación o la “economía de provisionales”, como define Olwen Hufton a la situación de los pobres. (Hufton, O. 1974).

La nueva historia social nació vinculada a hechos históricos trascendentes y estos, por supuesto, no han dejado de ocurrir. Una nueva vuelta de tuerca se produjo a partir de los años 90, tras el desplome del campo socialista europeo, cuando comenzó a anunciarse el fin de la historia, como si el devenir del ser humano hubiera concluido y el relato de sus acciones no tuviese razón de ser.

Algunos refieren la crisis esencial de la Historia Social en ese momento, y se ha puesto de moda decir que ésta ha llegado a su fin, o que se trasmuta en la denominada “Historia Post-Social”, (Towes, J. 1987, pp.881-882; Spiegel, G. 2006, p. 19ss.) asumiendo un prefijo que convierte esa titulación en imprecisa, ya que implica el final de la relación primordial -la social-, para el desarrollo de la humanidad, cuestión que desde luego responde a argucias interesadas, porque algunos exponentes del postmodernismo, desde Francis Fukuyama (1989) hasta Keith Jenkins, (1997-2006) “decidieron” aniquilar la historia como disciplina, sobre todo a la variante “social”, por resultar la más “peligrosa” de sus variantes para sus empeños post-modernizadores.

De acuerdo con estas intenciones la historia social sería una especie de reducto ideologizado, y para difuminarlo se proyecta, como novedosa, una historia culturológica capaz de ocultar ideologías opuestas y de reducir los conflictos a términos inmatriciales, un sitio para el cual no existen los hechos ni las relaciones del pasado, sino las interpretaciones de sus textos. Esto se enmarca, bajo diferentes intenciones y presupuestos, en la “etapa de los post”: el post colonialismo, el post occidentalismo y por supuesto la recién bautizada, con un concepto sumamente paradójico, historia post social, que pretende manifestarse en el campo de una independiente, por decirlo de alguna manera, historia cultural divorciada de los aspectos sociales.

Las intenciones metodológicas de los propugnadores de esa modalidad de historia cultural, consciente o inconscientemente, pero con un conocimiento bastante superficial e inexacto o una ignorancia no exenta de menosprecio con respecto al trabajo de los historiadores sociales, (Piqueras, José A, 2008 p.85), contribuyen a disolver, con el pretexto de su obsolescencia, a la historia social en la historia cultural. En este medio y con este propósito se desenvuelven, con mayor o menor inocencia, cierta variante de la historia cultural, que algunos convierten en única, a la que se adscribe el giro lingüístico (*Linguistic turn*). Otra manifestación vinculada a la literatura es la del “Nuevo Historicismo” o “Poética Cultural”, que surgió en los años 80 del pasado siglo, pero en este caso no se alió al deconstruccionismo, sino que suscitó una controversia crítica al situar las consideraciones históricas en el centro del análisis literario y entender que éste participa de la descripción de una cultura en acción.

Paralelamente convencen y liberan, a supuestos interesados en los estudios históricos, del difícil y tedioso oficio de hurgar en los archivos, al supeditar los hechos y acciones

de los individuos y las colectividades, al discurso oral o escrito y a las manifestaciones simbólicas.

Consideramos finalmente que si bien para algunos, sobre todo a nivel del “desarrollado” mundo postmoderno, el futuro de la historia social es incierto, en tanto otros consideran, siguiendo a Hayden White, o a Keith Jenkins, que la verdad histórica es inaccesible, para los historiadores indios o africanos, mexicanos, argentinos, brasileños o cubanos, latinoamericanos en general, la historia social, o socio-cultural si se prefiere esa denominación, sigue aprovechando teorías y métodos novedosos que la renuevan cada día, desbrozando caminos con la aspiración de reconstruir un pasado que se acerque lo más posible a la verdad histórica. La historia social vinculada a cuestiones de género, raza o formas de sociabilidad, desde la familia hasta variadas formas de relacionarse, ha recibido especial atención en América Latina, pues son temas que están en la raíz misma de nuestra conformación como países. Brasil ha marcado la pauta en estudios vinculados a la esclavitud y consecuentemente a la presencia africana, algo similar ha ocurrido en Colombia y en Cuba. En Argentina han primado los estudios sobre la inmigración y las formas de sociabilidad. En México se destacan los vinculados al género, la familia y el modo de vida. En la actualidad, aprovechando la conmemoración del bicentenario de la independencia de varios países hispanoamericanos, se abordan cuestiones relacionadas con ese proceso y se destacan los problemas sociales de cada contexto.

Y es que la historiografía social, bajo ese título u otros similares continúa, a pesar de todas las predicciones, avanzando en nuestros mundos. Así lo demuestran los estudios de género, los relativos al modo de vida, a la familia o la raza, entre muchos otros, lo cual constituye un excelente espectro. Los caminos recorridos por la historia en Europa Occidental y en los Estados Unidos son diferentes a los nuestros, y lo que allá se considera metodológicamente superado, es para nosotros importante, vital, y está signado por un compromiso intelectual que no solo es social, sino también político. Pilar Gonzalbo, profesora del Colegio de México, ha dicho al respecto:

“Un panorama general de los estudios iberoamericanos sobre el tema permite reconocer las inquietudes de los investigadores que cuando hablan de la esclavitud en el pasado están pensando en la marginación del presente, que cuando pretenden tratar con absoluta frialdad la ilegitimidad de hace dos o tres siglos, tienen ante sus ojos el drama de la maternidad precoz en el siglo XXI y mientras se refieren al patriarcado, en el antiguo régimen, están sumergidos en sociedades en gran parte machistas.” (Vera, Ana, 2007, p.261-266)

Los problemas que aborda nuestra historia social son distintos a los europeos o norteamericanos y los métodos y teorías tienen que aplicarse de acuerdo a contextos diferentes. La utilización de conceptos para calificar situaciones que no son idénticas está presente y es uno de los temas más complejos, porque por lo general las categorías han sido construidas, proyectadas y analizadas por grupos académicos hegemónicos que responden a otras realidades sociales, lo cual es válido,

siempre que no se pretenda aplicar sus resultados y concepciones a otras certezas diferentes.

Volviendo a Pilar Gonzalbo, por el papel destacado que desempeña en la historiografía mexicana, me detengo en una entrevista que se le hizo hace pocos años. En ella exponía que la historia que nos importa a los latinoamericanos es la que habla, "del mestizaje, del sincretismo, de la identidad nacional, de las migraciones, de las relaciones sociales, de los conflictos, de los problemas del trabajo doméstico, de las labores de las mujeres fuera de casa, de la violencia de género, de las situaciones dentro del hogar y de la emancipación de los hijos frente a una situación de dominio", entre muchos otros. (Vera, Ana, 2007, p.261-266). Y aunque en esa entrevista la historiadora se refiere esencialmente a cuestiones vinculadas a la historia de la familia, insiste en la dificultad para deslindar campos, porque desde ese espacio privado que es el hogar se participa y observa todo el desenvolvimiento de una sociedad, que tampoco pertenece al pasado, porque existe una continuidad de problemas y en nuestros espacios el hoy y el ayer se intercomunican y muchos hábitos y costumbres subsisten, con lo que es posible, por ejemplo, que la "composición por género o el número de hijos, quizás sean iguales en estadísticas del siglo XX o XXI, con respecto a las del XVII o XVIII". (Vera, Ana, 2007, p.261-266).

En ese contexto la Dra. Gonzalbo apuesta por lo que denomina una historia cultural de la sociedad, criterio al cual me sumo porque es una manera inteligente de resolver un problema de otros.

Para nosotros, científicos sociales de la América Nuestra, como la bautizara José Martí, el tiempo de los post no ha llegado, el análisis de nuestras sociedades, pasadas o presentes, tiene aún un largo camino por desbrozar, la realidad supera lo pensado y la historia social o sociocultural, marcada por las diferencias y similitudes, sellada por la interdisciplinariedad, por un uso diferente de las fuentes, viejas o nuevas, y por una atención centrada en el sujeto histórico, goza, a pesar de las predicciones, de muy buena salud y tiene aún una larga vida académica.



BIBLIOGRAFÍA

- Barcia, María del Carmen. "Historia social ¿Camino o encrucijada?" *Debates Americanos*, La Habana, no. 3, 1997.
- Bourdieu, P. *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Genève, Librairie Droz, 1972.
- Burke, Peter. "La nueva historia socio-cultural". *Historia Social* no. 17, Valencia, 1993, pag. 105-114.
- _____. *Formas de Historia Cultural*. Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- _____. *Historia y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- _____. *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona: Paidós, 2006.
- Derridá, J., *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1998.
- Dosse, François. *La historia en migajas*, Valencia Editions Alfons el Magnànim, 1988.
- Durkheim, Émile et Marcel Mauss. "De quelques formes primitives de classification: contribution à l'étude de représentations colectives." *L'Année Sociologique*, 6, 1903,
- Foucault, Michel. *Las Palabras y las Cosas*, Madrid, Siglo XXI editores, 1968
- _____. "La vie des hommes infâmes". *Les Cahiers du chemin*, no. 29, Paris, janvier 1979.

_____. *Microfísica del poder*. Barcelona, Ediciones de La Piqueta, 1991.

_____. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2002.

Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Editorial Planeta, 1992.

Greenblatt, Stephen. *Renaissance Self-Fashioning: From more to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press, 1981

_____. *Shakespearean Negotiations, New Historicism Studies in Cultural Poetics*, No. 84) University of California Press, March 1988.

Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1990.

Giddens, Anthony. *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial, 2002

Ginzburg, Carlo. (1976) *El queso y los gusanos. La cosmología de un molinero en el siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores S.A. 1981.

Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, México Juan Pablos Editor, 1975.

Guha, Ranajit *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica, 2002.

Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili SA, 1994.

Hobsbawm, E.J. "De la Historia social a la historia de la sociedad.". *Essays in Social History*, Oxford University Press, 1974.

Hufton, Olwen H. *The Poor of the Eighteenth. Century France*. Oxford 1750-1789, Oxford, 1974

Huizinga, Johan. *El Otoño de la Edad Media*, Madrid, Revista de Occidente S.A., 1967

Keith, Jenkins. *¿Por qué la historia?*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Kroeber, A. y Kluckhohn, C. *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*. Nueva York: Random House, 1985.

Kroeber Alfred y Talcott Parsons. "The concept of culture and of social system." *American Sociological Review*, no. 23, 1958.

Kroeber, A.L., and C. Kluckhohn. 1952. *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*. Cambridge, MA: Peabody Museum.

Le Roy Ladurie, Montaignou, *village occitan de 1294 a 1324*. Paris, Gallimard, 1982.

Piqueras, José Antonio. "El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales" *Historia Social*, No. 60, Valencia, 2008, p.59-91

Reynoso, Carlos. "El lado oscuro de la descripción densa". Buenos Aires, *Revista de Antropología*, nº 16, 1995.

Samuel, Raphael. *What is History Today*, History Today no. 35. U.K. march 1985.

Saussure, Ferdinand. *¿Qué es la lingüística?*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972. Saussure, Ferdinand. *¿Qué es la lingüística?*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.

Shankman, Paul. "The Thick and the Thin: On the Interpretive Theoretical Program of Clifford Geertz". *Current Anthropology*, 25 (3), 1984.

Spiegel, Gabrielle "La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico" [*Ayer*, nº 62, (2), 2006.

Stone, Lawrence. "El resurgimiento de la narrativa". En: Stone, L. *El pasado y el presente*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989

Toews, John: "Review Article: Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", *American Historical Review*, vol. 92, nº 4, octubre de 1987.

Vera, Ana. "La historia de la familia entre la historia social y la historia de mentalidades. Entrevista a Pilar Gonzalbo y Martine Segalen", *Unisinos* 11(2), 2007: 261-266.

Vilar Pierre. "Historia social y filosofía de la historia" en *Economía, Derecho, Historia. Conceptos y Realidades*. Editorial Ariel, Barcelona, 1983, pág. 144- 145, 1964.

Vovelle, Michel. *Idéologies et mentalités*, Paris, Masperó, 1982.

Weber, Max. *Economía y Sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993.

_____. *La Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Itsmo, 1998

_____. *Sociología de la religión*, Madrid, Itsmo, 1997

White, Hayden. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1973.

Zemon Davies, Natalie. "Las Formas de la Historia Social". *Storia della storiografía*, 17, 1990.